



(Gran Teatro del Liceo en Barcelona.)

BARCELONA.

ARTICULO I.

Aun despues de haber visto las mas famosas capitales de Europa, se puede encontrar belleza y novedad en la industriosa poblacion Barcelonesa, en la rica ciudad de los Condes, como la llaman sus hijos. Barcelona, con su colosal é inespugnable castillo de Monjuich, con sus góticas y ennegrecidas torres, en que se conservan escritas las mas interesantes historias de sus antiguos dominadores, con sus numerosas fábricas que pregonan el adelanto y civilizacion del pueblo mas laborioso de España, con sus feraces y estensas campiñas, con sus elegantes paseos y magníficos teatros, con su grandeza, en fin, y hermosura, es una de las poblaciones mas dignas de ser examinadas por el ojo curioso é infatigable del viajero. Allí los grandes recuerdos, las heróicas tradiciones de un pueblo esforzado y valiente, viven y se conservan entre el tumulto de un comercio activo y de una vida fabril exagerada; allí las artes tienen una acogida entusiasta y un culto ciego, en medio del espíritu de especulacion y de la sed constante de trabajo que distingue á los catalanes; allí, por último, la mano del hombre que ha podido hacer brotar el fruto de la mas escarpada roca, ha poblado de quintas de recreo, de casas de campo los alrededores de la ciudad, circundada por una parte de ellas, y por otra del mar, cuyas aguas tranquilas y serenas no responden casi nunca á la agitacion y bullicio que se encierra dentro los muros que baña.

Cualquiera que sea el punto elevado en que se contemple la poblacion, el panorama que se ofrece á la vista no podrá menos de herir vivamente la imaginacion del poeta y del pintor, trasportando su fantasia hácia la belleza ideal de esas ciudades caprichosas que se piensan en un sueño, ó que se fabrican con un pincel. En la cima de Monjuich, sobre aquella empinada sierra, desde la cual decia un monarca nuestro que sujetaba el reino, tendida la vista hácia la Barceloneta, que parece un pueblo primorosamente fabricado de carton, y puesto en el salon de un poderoso para su recreo; mirad la bahía poblada de buques en anchas hileras, que asemejan una ciudad flotante; contemplad el Mediterráneo cargado de velas y convidando al comercio y al engrandecimiento. Despues á la izquierda Sanz, Sarriá, Gracia y otra porcion de pueblecitos inmediatos á Barcelona, os parecerán con la multitud de torres (quintas) que se levantan entre unos y otros una ciudad prolongada hasta lo infinito, ó una série de pueblos enla-

zados entre si por árboles frondosos y paseos agradables. El mar, Barcelona, su campiña, todo es bellissimo, y todo parece que vá á ser encerrado entre el semicírculo de montañas altísimas que lo rodean, montañas misteriosamente enlazadas con el Monserrate y con los Pirineos.

Segun por qué puerta se penetre en Barcelona, la idea que de esta poblacion forma el viajero es distinta. Si por la de San Antonio, le parecerá un pueblo esclusivamente manufacturero é industrial; si por la del Angel, creará que llega á una ciudad aristocrática; si por la del Mar, en fin, la perspectiva que se presenta á sus ojos será la de un punto entregado al mas activo y opulento comercio. Y es que en Barcelona se reúnen diversos elementos de prosperidad y cultura que le imprimen separadamente un sello distinto, y en conjunto constituyen una ciudad deliciosa. Nosotros, aunque á vista de pájaro, iremos detalladamente haciendo descripcion de lo mas importante. Empecemos por los edificios, y de estos hablaremos en primer lugar del gran teatro del Liceo.

La fachada, sin ser de buen gusto, revela la grandiosidad del edificio. Su arquitectura, como la mayor parte de la del interior, pertenece á la época del renacimiento. Tres grandes arcos dan paso á otras tantas puertas de entrada al establecimiento. El vestíbulo, magnífico salon cuadrado, cuyo techo sostiene multitud de elegantes columnas, termina en tres escaleras, las dos laterales que dan paso á los corredores bajos, y la del centro, de hermosísimo mármol blanco, que da al primer piso. En este, y á derecha é izquierda de la escalera, hay dos suntuosas puertas que conducen á un lujoso y ancho salon de descanso. Forma este un verdadero paralelógramo, con pavimento de mosaico de mármol y paredes incrustadas con arabescos dorados, capillas, retratos, guirnalda de flores y otros adornos de gusto. Cinco arañas alumbran este salon, cada una de ellas con mas de cien bujías, que esparcen una luz radiante.

El palco escénico es uno de los mas grandes que se conocen, con un foro estenso, desahogado, y construido con arreglo á las reglas mas seguras de óptica y de acústica. El teatro tiene cinco órdenes de palcos, y estos cómodos cuartos que sirven de descanso á los concurrentes. El techo está primorosamente pintado: se representan en él en cuatro alegorias la Música, el Baile, la Comedia y la Tragedia, interpolados con los retratos de Calderon, Lope de Vega, Moreto y otro que no recordamos ahora. Encima del palco escénico, y en medio de las armas de Barcelona, se hallan dibujados en dos medallones los retratos de Sófocles y Schiller. Una de las cosas mas notables que tiene el

9 DE MARZO DE 1851.

teatro es la magnífica lucerna que llamó la atención en París, y estuvo de exposición algunos días.

Los cuartos de los actores, que pasan de ciento, los ricos depósitos de trages, la sala para pintar decoraciones, todo es hermoso en el Liceo, y todo digno de ser visitado por el hombre curioso. A uno y otro lado del teatro hay dos elegantes cafés bajos, y otro arriba contiguo al salón de descanso, que es mas elegante y lujoso todavía.

Para que nuestros lectores formen idea de la capacidad del teatro, nos hemos procurado la siguiente exacta noticia de sus localidades:

LOCALIDADES DEL LICEO.

Palcos bajos.....	46
Palcos de primer piso.....	54
Palcos de segundo piso.....	39
Palcos de tercer piso.....	40
Cuarto piso, palco corrido para el público.....	222
Lunetas de anfiteatro del primer piso.....	16
Lunetas de los pasillos del anfiteatro del primer piso.....	84
Lunetas del anfiteatro del segundo piso.....	6
Lunetas del pasillo del segundo piso.....	560
Lunetas de las tres filas con orquesta y catorce primeras filas llamadas sillones.....	252
Lunetas.....	500
Asientos fijos.....	
Paraiso. Caben unas 800 personas.	

Hablemos de otra cosa. Uno de los archivos mas curiosos é importantes de España existe en Barcelona, el de la corona de Aragón. En la plaza de San Jaime, en el palacio de la diputación, cuya fachada y salón son obra de Pedro Blay, y se concluyeron en 1602, se hallan establecidas la audiencia, la diputación provincial y las oficinas con los papeles del mencionado archivo. Aunque nosotros hemos tenido el gusto de visitarla algunas veces, para que nuestros lectores tengan una idea mas minuciosa de lo que en él se encierra, nos valdremos de los datos publicados acerca de él por un ilustrado joven empleado en ella, D. Antonio Bofarull.

SALA PRIMERA.

Abraza desde el 12 de mayo de 844 hasta 51 de mayo de 1410, y presenta los estantes numerados con las colecciones de registros y de escrituras en pergamino sueltos, del tiempo de los doce primeros condes soberanos de Barcelona, que forma la primera época de las cuatro mas memorables en que está dividido el archivo; así como los documentos de igual clase de los diez primeros reyes de la casa de Aragón (desde la unión de este reino con Cataluña), que es parte de los catorce monarcas de esta dinastía que abraza la segunda época, á saber:

Condes de Barcelona.

PRIMERA ÉPOCA.

Wifredo I, *el Velloso*, padre.
Wifredo II ó Borrell I, hijo.
Sunario ó Sunyer I, hermano.
Borrell II, hijo.
Correinado de Miron I, hermano.
Ramon Borrell III, sobrino.
Berenguer Ramon I, *el Curvo*, hijo.
Ramon Berenguer I, *el Viejo*, hijo.
Ramon Berenguer II, *Cap de estopes*, hijo.
Berenguer Ramon II, *el Fratricida*, hermano.
Ramon Berenguer III, *el Grande*, sobrino.
Ramon Berenguer IV, *el Santo*, hijo.

Reyes de Aragón.

SEGUNDA ÉPOCA.

Alfonso II, *el Casto*, hijo.
Pedro II, *el Católico*, hijo.
Jaime I, *el Conquistador*, hijo.
Pedro III, *el Grande*, hijo.
Alfonso III, *el Liberal*, hijo.
Jaime II, *el Justo*, hermano.
Alfonso el IV, *el Benigno*.
Pedro IV, *el Ceremonioso*, hijo.
Juan I, *el Cazador*, hijo.
Martín I, *el Humano*, hermano.

El número de pergaminos que contiene esta sala, relativos á los reinados antedichos, es el de 17,353, y el de registros 2372.

SALA SEGUNDA.

Abraza desde 51 de mayo de 1410 hasta el actual reinado de nuestra augusta soberana Doña Isabel II, y presenta diez estantes con la

coleccion de registros y de escrituras en pergamino sueltas de los cuatro últimos reyes de Aragón de la segunda época; las de igual clase de los cinco soberanos de la casa de Austria, que forman la tercera de España; las de los siete monarcas de la de Borbon, que forman la cuarta época; una coleccion de registros de los cuatro interregnos que ha habido en la corona de Aragón, y una porción de escrituras maltratadas que no son susceptibles de reparos.

El número de pergaminos y registros que contiene esta sala es el de 1142, y el de registros 4045.

SALA TERCERA.

Las diferentes colecciones que se custodian en esta sala no pertenecen á la clase ó cuerda de los registros de cancellería, ni á la de las escrituras en pergamino sueltas que corresponden á las dos primeras estancias; pero su mérito es de grande estima si se atiende al objeto ó carácter de cada coleccion. Están distribuidas de la forma siguiente:

Cartas reales y papeles sueltos.
Precesos de las antiguas córtes y familiares de los tres brazos.
Altas y registros de la junta suprema y superior de Cataluña en la guerra de la independencia.
Conclusiones civiles de la antigua y moderna Real Audiencia.
Provisiones civiles de la misma.
Procesos y causas célebres.
Coleccion interina para destinar.
Ventas por ejecucion de córte.
Visitas de la Real Audiencia.
Procesos de gravámenes.
Libros de la tabla verde ó del real sello.
Códices del monasterio de S. Cucufate del Valle.
Idem de Sta. Maria de Ripoll.
Coleccion curiosa de códices.
Coleccion de códigos.
Códices del convento de la Merced de Barcelona.
Procesos del antiguo consejo de Aragón.
Bulas pontificias y otra porción de procesos célebres.

SALA CUARTA.

En su reducida estancia se custodia un resto de papeles (algunos de ellos muy maltratados y de poco interés) colocados aun por el complicado método antiguo de arcas, armarios, sacos y números. Los empleados en este archivo trabajan con inteligencia y asiduidad, y todo vá quedando en el mejor orden posible.

Los papeles que existen en el salón principal y otras piezas; no son propiamente del archivo de la Corona de Aragón, sino de otras corporaciones, y que se han ido agregando á él; por lo cual, y por haberse hecho estenso este artículo, le damos fin aquí, y nos preparamos para seguir otro día nuestra escursión por la bella capital del Principado.

EMILIO BRAVO.

LITERATURA EN CHILE.

ABAUCO DOMADO, poema de D. Pedro de Oña.

ARTICULO 2.º

Al llegar á Chile D. Mendoza, trataban muy mal los encomendados á sus indios, y les encargaban terribles trabajos en el laboreo de las minas (sin exceptuar á las madres y á las doncellas). A este propósito habla así el poeta:

Hermosas dueñas, vírgenes apuestas
Que era contento y kistima el mirallas,
Llevaban el sustento y vituallas
(Por mas que fuesen débiles) acuestas.....

Así cargadas viérades algunas
Los encolmados vientres á las bocas;
Y fuera de este número, no pocas,
Con sus recién nacidos en las cunas....

En vez de las diademas y guirnaldas
Iba el pesado yole (1) y grave cesta,
Y en trueque de la líquida compuesta,
El enchiguado (2) trigo á las espaldas;

(1) Una canasta tejida de hejucos.-(N. del aut.)

(2) Chigua es á modo de fardal armado sobre arcas de cañas verdes y trabado de tomizas de paja.-(N. del aut.)

En cambio de las perlas y esmeraldas
Llevaban la inclinada frente honesta
Bordada de un licor aljofarado
A fuerza de fatiga destilado.

(Cánt. III.)

Esta conducta usada con los pobres naturales, le hace esclamar al poeta contra la avaricia:

Oh siempre viva hambre del dinero
Disimulada muerte de mortales,
Polilla de las almas gastadora,
Hinchada sanguijuela chupadora!

No muy distantes de estos versos, hallamos otros sobre la vanidad de las glorias terrestres:

Oh cuán de vidrio que es la gloria tuya,
Caduco mundo, báculo cascado,
A donde bien lo paga quien se arrima,
Pues dando al fin en vago se lastima!
Qué de horas malas das por una buena,
Por un granillo de oro cuánta escoria,
Por el adarme y átomo de gloria,
Qué bien pesado vá el quintal de pena!

(Cánt. III.)

¿No hay en estas reflexiones sublimidad y sencillez? A mas de ingenio y sentimiento, debía tener el que los escribió predilección especial por los grandes maestros italianos, cuyo sabor deja sentir.

Las sentencias siguientes son tomadas sin eleccion entre las muchas que se encierran generalmente en los pareados finales de estas estrofas:

Pues es costumbre propia de los buenos,
Que vayan siempre á mas y nunca á menos.

(Cánt. I.)

Virtud está en el medio como en quicio,
Y siempre en los extremos anda el vicio.

(Cánt. III.)

Pues mas abiertamente que en la palma
Se suele por el cuerpo ver el alma.

(Cánt. III.)

..... donde no hay filosofía
No puede haber lejitima poesía.

(Cánt. XIV.)

Reflexiona sobre la inestabilidad de la fortuna comparándola con una de las penas del infierno de los antiguos.

Tiene fortuna varia la costumbre
De la pesada piedra sisifea,
Que el sin ventura Sisifo rodea
Con fatigada prisa hasta la cumbre:
De donde con su misma pesadumbre
Hácia lo bajo súbito voltea,
Y sin que de parar ella se acuerde,
Apenas toma pié cuando le pierde.

(Cánt. II.)

La comparacion en todos sus diferentes modos está aplicada en este poema, y á veces la naturaleza del asunto hace que aquella tenga novedad y mucho atractivo. La presteza en acudir al llamado de D. García por la expedición á Chile, ha sugerido á Oña la siguiente estrofa:

No acuden á la voz del padre vivo
Por muerto en larga ausencia reputado,
La madre, la muger, el hijo amado
Con paso tan ligero y sucesivo:
Ni al reclamar del pájaro cautivo
Tan presto llega el otro libertado,
Como al reclamo y voz de Don García,
Gente de todas partes concurria.

(Cánt. I.)

Habla de los gallardetes de una armada dados al amor de la corriente del viento:

Bien como el arroyuelo cristalino
A su raudal entrega la ramilla,
Que estaba remirándose en la orilla,
Sin ver por dónde ó cómo el agua vino:
Vereis que por llevarla de camino
Él hace su poder por desasilla,
Y ella segun se tiende ó se recrea,
Parece que otra cosa no desea.

(Cánt. I.)

Entre todas las anteriores, nos parece sobresalir la siguiente comparacion, por lo remoto de los símiles entre sí, por su aire sin afeite, y por su mucha precision.

..... Pues cuanto bien parece la llamada
En la sublime cumbre del collado,
Parece la humildad allá en la cima
Del hombre que es tenido en mas estima.

(Cánt. III.)

La serenidad y el disimulo de las impresiones del peligro en los grandes conflictos, los pinta de esta manera:

Es un profundo abismo de cordura
En tales ocasiones ser callado,
Y estando el corazon alborotado,
Fingir tranquila y mansa la figura:
El rio mientras tiene mas hondura
Vereis que va mas sesgo y sosegado,
Disimulando á causa de su fondo
Aquel raudal que lleva por lo hondo.

Cánt. XIV.

Concluyamos estas citas, copiando algunas de las estancias del episodio del Canto V, en que se pintan los solaces de Caupolicán y de Fresia, y el sitio donde tenia lugar.

Este trozo tiene la gloria de haber inspirado bellísimas escenas dramáticas al afamado Lope de Vega (1).

Estaba á la sazón Caupolicano
En un lugar ameno de Elicura,
Do por gozar el sol en su frescura
Se vino con su Palla mano á mano.
Merece tal visita el verde llano,
Por ser de tanta gracia y hermosura,
Que allí á las flores tienen por floreo
Colmalle las medidas al deseo.....

En todo tiempo el rico y fértil prado
Está de yerba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado;
Aqui vereis la rosa de encarnado,
Allí el clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las violas,
Jazmines, azucenas, amapolas.
Revuélvese el arroyo sinuoso
Hecho de puro vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato sonoro
Despacha al hondo mar la rica vena,
Cruzándola y haciendo en varios modos
Descansos, paradillas y recodos.
Vénse por ambas márgenes pobladas
El mirto, el salce, el álamo, el aliso.
El sauce, fresno, nardo y cypariso,
Los pinos y los cedros encumbrados,
Con otros frescos árboles copados
Traspuestos del primero Paraíso,
Por cuya hoja el viento en puntos graves
El bajo lleva al tiple de las aves.

Tambien se ve la yedra enamorada
Que con su verde brazo retorcido
Ciñe lasciva el tronco mal pulido
De la derecha aya levantado:
Y en conyugal amor se ve abrazada
La vid alegre al olmo envejecido,
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
Con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

A los versos embriagados de amor se suceden otros coléricos, robustos, graves, que pueden servir de muestra de la alta entonación que alcanza Oña cuando quiere producir los efectos en que ella es necesaria.

No es tiempo ahora, príncipe Araucano,
De darte á pasatiempos y placeres,
Ni de rendirte al pié de las mugeres,
Pendiendo todo el reino de tu mano:

(1) Alude á las primeras jornadas de la comedia *Arauco donado*: con el mismo título hay otra escrita por nueve ingenios, impresa en 1622. Lope trató otro asunto chileno en su comedia *El Marqués de Cañete en Arauco*. Segun Finelo, no se ha impreso. El Teatro Español cuenta varios otros dramas sobre la misma materia.

¿No ves el nuevo ejército cristiano,
Que sin respeto alguno de quien eres,
Su buella imprime ya en la tierra tuya
Con vana presunción de hacerla suya?
Quedó Caupolicán alborotado
Oyendo novedad tan espantosa,
Y Fresia despulsada y pavorosa,
Su blanco velo en pálido trocado:

La furia toma dos víboras de las que forman su cabellera, y las introduce en el pecho de los amantes.

Deslizanse revueltas por los pechos
Do la ponzoña pésima vomitan,
Y con aguda lengua solicitan
Mortales iras, rabias y despechos:
Con que en furor diabólico deshechos
Ya los infieles ánimos se irritan,
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,
Ya del veneno, hinchándose, revientan.
Mejora entonces, viéndolos dispuestos,

Prosigue: Torna en tí, Caupolicano,
Que ser señor del mundo está en tu mano
Si sabes acudir con pasos prestos;
Sabrás que cien cristianos descompuestos (1)
Que perdonó el furor del mar insano,
Han levantado en Peuco un flaco muro
Donde los tiene un jóven (2) mal seguro.

Aquí concluimos nuestra tarea. Las anteriores observaciones no son seguramente un análisis profundo y conveniente del poema chileno; pero ellas le darán á conocer cuando menos, y escitarán el deseo de estudiarle. Para completar el bosquejo de la literatura en Chile, que nos hemos propuesto hacer, réstanos hablar de algunos escritores contemporáneos, cuyas producciones en mayor ó menor número han llegado á nuestras manos. Chile es un país digno de estudio, porque es sin duda alguna el mas adelantado de la América continental, y en él se habla el idioma de Cervantes con una pureza y corrección que no se encuentran sino en algunos pueblos de Castilla la Vieja.

E. B.



SANTA CRUZ DE CANGAS.

Al atravesar el viagero el risueño y romanesco valle (1) donde se alza la antigua *Canicas*, hoy Cangas de Onís, descubre sobre una colina muy cercana á la confluencia de los ríos *Sella* y *Gueña* una pobre ermita abandonada y ruinoso. Si el tal viagero es amante de las antiguas glorias españolas; si ha recorrido alguna vez las bellas páginas de nuestros viejos anales, no pasará indiferente por aquel humilde santuario, sino que penetrará en su recinto á despecho de los escombros que le disputen el paso, y lo contemplará con respetuosa emoción, pues es una memoria dedicada á los mas célebres sucesos, el alzamiento de Pelayo y su primera victoria sobre los sarracenos. Muy en breve, antes de terminar este siglo apellidado de las *luces* y del *progreso*, desaparecerá entre el polvo tan venerando monumento, merced á la culpable indiferencia con que en nuestros días son miradas las reliquias de los héroes. Mas antes que tal acontezca, el *SEMANARIO*, cumpliendo su costumbre de recordar en sus columnas todo lo grande, todo lo patriótico y todo lo español, va á consagrarle algunas líneas.

(1) Dasele tambien los nombres de *Vega de Santa Cruz* y *Campo de Contraquil*.

Eran los postreros dias del mes de julio de 718, cuando en la reducida *Canicas*, y en su vecino valle, se veía una multitud de gentes de todas edades, clases y condiciones, que habian improvisado allí sus débiles viviendas á estilo de campamento. Montañeses, cántabros, asturos y galaicos, guerreros romano-españoles de las provincias del interior, próceres y obispos godos, señores y esclavos, niños y mugeres, huyendo del torrente desolador de los moros invasores, vinieran á buscar un asilo en estas erguidas montañas miradas como el último baluarte de la libertad española desde la guerra de Augusto. El eco de los últimos triunfos de Tarec habia resonado en ellas, y un cuerpo de tropas árabes acaudillado por el terrible Munuza acababa de apoderarse de la fortísima Gegio. Estinguióse la última esperanza: jamás volverá la cruz á ocupar el lugar de la enaltecida media luna: y el glorioso nombre de *España*, en otro tiempo terror de los vencedores del mun-

(1) La gente de don García que habia tomado pue.to en Tideschuan después de una tormenta.

(2) Don García: contaba 22 años de edad cuando vino á Chile.

do, será borrado para siempre!.... Los ancianos y las mugeres, creyendo muy próxima la muerte, demandaban á los sacerdotes la absolución de sus pecados, y distribuían entre los pobres las ropas y joyas que habían podido salvar en su huida; los obispos recitaban las antiguas profecías que anunciaban la destrucción de Jerusalem; los mismos jóvenes, olvidados de su antiguo valor, hablaban de ofrecer obediencia á los afortunados moros, y por todas partes se escuchaban solamente gemidos y sollozos. Tal era el cuadro desgarrador que presentaba esta comarca, cuando de improviso se dejó ver entre la desolada multitud un joven guerrero envuelto en un largo manto, cubierto con un tosco yelmo y seguido de un escudero. Su estatura aventajada, su lengua cabellera rubia tendida sobre las espaldas al uso de los godos, su mirada grave y magestuosa, y su rostro hermoso y varonil diéronle pronto á conocer.—Es Pelayo; es nuestro duque; decían los cántabros.—Es aquel bello niño que veíamos llorar en Tuy cuando el bárbaro Witiza quitó la vida á su padre; decían los galaicos.—Es el mas valiente de los españoles; decían todos.—Grande en efecto debía ser el esfuerzo y el renombre del recién llegado, pues instantáneamente y como por ensalmo hizo con su presencia renacer la confianza y el valor en aquellos corazones abatidos por la desgracia. Todos se apiñaron á su alrededor, y todos le abrazaban á porfía, y le pedían consejo. Bien pronto se dejó escuchar su voz robusta en un breve y rudo discurso.—«Si es necesario morir, les dijo, que sea con gloria, que sea como valientes y cual dignos hijos de los godos y españoles; como como tímidos ciervos que huyen despavoridos al sonido de la corneta del cazador. Muy en breve llegarán aquí los feroces soldados del «ártaro Alkhama que seguían de cerca mis pasos. Aprestémonos á combatirles, á vengar á nuestros hermanos muertos en Guadalete, á defender á nuestras esposas é hijos, y también á nuestro Dios escarnecido por los viles sectarios de Mahoma. Derramemos gustosos nuestra sangre por tan sagrada causa, y caiga el rayo del Cielo sobre el traidor y el cobarde.»

La llama del amor pátrio incendió á los circunstantes, y mil gritos de júbilo y entusiasmo interrumpieron á Pelayo para aclamarle por caudillo, y para pronunciar el santo juramento de combatir hasta la muerte por la religión y la libertad de España. Echóse entonces de menos una bandera para guiar la improvisada hueste, puesto que el rojo pendón de los godos fuera presa de los moros en la rota de Xerez, y en el momento un santo anacoreta que solía habitar en la inmediata *Cueva de la Virgen* se acercó á Pelayo y puso en sus manos una gruesa cruz de madera de roble diciéndole:

«Hé aquí, esforzado campeón, la señal de la victoria.»

Besóla respetuosamente el joven héroe, y enarbolándola con su robusta diestra, exclamó: «Esta será desde hoy mi divisa y mi bandera.»

Pasáronse pocos días, y era el 4.º de agosto del mismo año 718, cuando los sarracenos en número de setenta mil (1) invadieron el valle de Canicas, y guiándoles el apóstata *Opas*, metropolitano de Sevilla, marcharon en pos de Pelayo y de los suyos que ocupaban la *Cueva* *onga* de la Virgen y los altivos montes que la circundan. Ni un solo instante estuvo dudoso el éxito del combate. El esforzado valor de los cristianos y el brazo de Dios dieron á Pelayo la mas señalada victoria que las crónicas consignan. El número de los muertos se contó por el de los enemigos; el río Deba rompió su cauce, habiendo doblado su caudal la negra sangre de los vencidos, y la tierra se abrió prodigiosamente para sepultarlos. Los restos del poderoso ejército sarraceno, en completo desorden, y acosados por los embravecidos guerreros de Pelayo, llegaron á este mismo campo. Aquí intentaron rehacerse y disputar á los vencedores, no ya la victoria, sino la vida: pero en vano; pues, siguiendo las palabras de sus mismos historiadores, «quedó toda la hueste sumergida, y *Alkhama* y todos sus compañeros se contaron entre los difuntos (2).» Entonces fué cuando, según las piadosas tradiciones del país, apareció en los aires, como en otro tiempo á Constantino, una roja cruz (3) resplandeciente rodeada de las mismas palabras que poco antes pronunciara el santo ermitaño de la Virgen.

«Hé aquí la señal de la victoria.»

Corrieron veinte años. Pelayo al morir en 737 había legado á Favila, su hijo y sucesor, un reino fortalecido y respetado de cuarenta leguas de largo y quince de ancho, y que contaba tantos guerreros invencibles, cuantos hombres lo habitaban. Uno de los primeros actos del nuevo monarca, el único que la descarnada historia de aquellos tiempos nos ha conservado, fué edificar la capilla de Santa Cruz. Dos objetos se propuso el joven rey al erigirla; perpetuar la memoria del gran triunfo alcanzado en aquel lugar por su heroico padre, y custo-

diar dignamente la cruz de roble que le sirviera de enseña de guerra (4). No se cumpliera aun un año desde la dedicación del nuevo templo, cuando sirvió ya de panteón á su ilustre fundador. Cazaba este en el cercano monte *Olicio*, y empeñándose imprudentemente en el seguimiento de un ferocísimo oso, trabó con él una lucha terrible cuerpo á cuerpo, en la que sucumbieron ambos combatientes antes que los monteros acudiesen. Señalaron aquel sitio de triste memoria (2), y depositaron el ensangrentado cadáver real en un sencillo sepulcro fuera de la puerta de la iglesia de Santa Cruz. Según los mas antiguos cronistas, era esta de piedra de sillería «y de maravillosa hechura» (5), aunque de muy abreviadas dimensiones, pues no pasaba de ocho pies en cuadro, y tenía según la usanza del tiempo, otro templo subterráneo. La tumba de Froiluva, esposa de Favila, estaba junto á la tumba de este.

Reinando Ramiro I, varios monges de san Benito, huyendo de la persecución de los califas de Córdoba, se acogieron á esta iglesia, donde fundaron un monasterio que parece haber subsistido poco tiempo.

Ruinoso el edificio por la acción de los siglos, fué restaurado y engrandecido considerablemente, sirviendo la primitiva capilla de presbiterio á la nueva, y abarcando en su interior los sepulcros de los reyes. Estos habían ya desaparecido en el siglo XVII (4), en el que nos instruye el P. Luis Carballo, no restaba otra cosa que una especie de cueva de donde los devotos sacaban tierra para curarse sus dolencias, teniéndola por sepultura de *cuerpo santo*. La inscripción votiva que Favila colocara, estaba entonces en el arco de la capilla mayor, ó sea la antigua, cuyo patronato y propiedad había venido á parar desde largo tiempo á la noble familia de Estrada (5), poseedora hoy del título de conde de la *Vega de Sella*. El año 1637 fué reedificada por última vez esta antigua iglesia por *Fernando de Estrada* y su esposa la *marquesa de Valdés*, cuyos retratos y escudos de armas se ven pintados en el altar, quedando por únicos restos de la de Favila algunas piedras de la cornisa y chapiteles, y la lápida en que está escrita la dedicación. Merece esta el mayor aprecio de los eruditos por ser la escritura mas antigua que en España se conserva desde la irrupción de los moros, y como muestra de la corrupción á que había venido á parar el latín en el siglo VIII, la que sirvió de cimiento al rico y sonoro idioma castellano. Como monumento de tanto interés para la historia y la filología, fué copiada sucesivamente por Morales, Carballo, Risco, Jovellanos, Caveda y otros. Dice así en caracteres romanos:

*Resurgit ex preceptis divinis hec machina sacra
Opere suo contum fidelibus votis
Perspicue clareat hoc templum obtutibus sacris
Demonstrans figuratiter signaculum alme crucis
Sit Cristo placens hec aula sub crucis trophæo sacrata
Quam famulus Favila sid condidit fide probata
Cum Froiluva conjuge ac suorum prolium pignora nata.
Quibus Criste, tuis muneribus sit gratia plena
Ac post hujus vite decursum preveniat misericordia larga
Hic valeas Kirio Sacratas aut altaria Cristo
Dici revolutis temporis annes C.C.C.
Seculi state porrecta per ordinem sexia
Currente Era septingentesima septuagesima quinta.*

De este latín bárbaro y desconcertado hizo el citado Carballo la siguiente traducción:

Esta sagrada máquina se levanta por inspiración divina. Este templo en su obra hermoso, resplandezca manifestamente en la devoción cristiana con sagrados presidios, manifestando la señal de la santa cruz. Sea agradable á Cristo esta iglesia por el trofeo de la cruz, la cual su siervo Favila edificó con su probada fé con Froiluva su mujer, y las prendas de sus hijos, los cuales por tu merecimiento ¡oh Cristo! tengan cumplida gracia, y después de esta vida misericordia eterna. Dios te conserve en este lugar, como altares consagrados á Cristo señor nuestro. Fecha á trescientos años del tiempo, y en la sexta edad del siglo que es año de la creación del mundo de 6300. Era 777 que es el año de nuestro redentor de 739.

(1) Allí permaneció hasta el reinado de Alfonso III el Magno que la cubrió de oro y pedrería y la donó á la catedral de Oviedo, donde subsiste con el nombre *Cruz de la Victoria* ó *de Don Pelayo*.

(2) Colócase allí una cruz que aun subsistía en el siglo XVII. Véase Carballo. *Antigüedades de Asturias*.

(3) Véase el cronicon de Sebastian de Salamanca.

(4) Según Mariana (libro 7.º, cap. VI) existía en su tiempo en la iglesia de San Miguel de la villa de Yanguas una cueva titulada de San Andrés, en la que se veía un lucillo que por tradición se aseguraba ser el del rey D. Favila, trasladado de Santa Cruz de Cangas.

(5) Según varias crónicas manuscritas, y nobiliarios de Asturias, la antigua familia de *Noriega* descendía de una hermana del rey Pelayo. Ahora bien: en tiempo de Alfonso XI consta que la poseedora de esta casa se casó con *Fernán García, duque de Estrada*. Tal vez por este matrimonio vino la capilla de Santa Cruz á formar parte del patrimonio de los Estradas, los que obtuvieron el título de condes de la *Vega de Sella* en el reinado de Felipe II.

(1) Véanse los cronicones del monge de Albelda Sebastian de Salamanca, y el monge de Silos.

(2) Véase Abd-Allah ben-Abd el Rahaman y Ebu Havan.

(3) El arzobispo D. Rodrigo y otros muchos historiadores refieren tambien este prodigio.

Subsistió abierta al culto esta histórica ermita hasta la guerra de independencia, en que fué profanada por los soldados franceses, siendo desde entonces mirada con tal incuria por su patrono, que por momentos se reduce á escombros. La antigua iglesia subterránea que Ambrosio de Morales nos dice visitó, está cegada enteramente, aunque permanece viva la tradición vulgar de que existe una larga mina que corre por bajo la madre del río, y cuya bajada era por la sacristía. El erudito anticuario D. Antonio Cortés, vecino de Cangas, practicó no ha mucho tiempo una escavación para buscar la mencionada cueva; pero tropezó con los cimientos de la iglesia superior, que son muy estrafalarios, pues consisten en maderos redondos colocados á lo largo y al través de las paredes, y empotrados en argamasa. También hace poco se encontró muy cerca de la ermita un sepulcro de mármol que sería tal vez el del hijo de Pelayo. Si la Academia de Arqueología ó otra corporación científica tomase á su cargo el memorable santuario de Santa Cruz, aun podría, y á poca costa, salvarse de la total ruina que la amenaza, y transmitiríamos á la posteridad este noble recuerdo de una época de gloria que debiera durar tanto como nuestra amada patria.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

Cangas de Onís 4.º de noviembre de 1849.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernán Caballero.

(Continuación.)

Servando se alejó de la plaza, entrando en el pueblo por aquellas mismas calles há poco tan bulliciosas y animadas, ahora silenciosas y desiertas. Este silencio y soledad le hicieron bien al alma, cual lo hace un baño tibio á un cuerpo molido y cansado. Siguiendo rectamente la primera calle que se le presentó, que era la de Santa Lucía, se halló en la plaza de la iglesia mayor. Posaba esta grave y tranquila sobre sus gradas de piedra como sobre un pedestal; su vista causó al disipado jóven un indecible sentimiento de bienestar moral. Nunca está el ánimo mas ansioso por sensaciones suaves, y mas dispuesto á disfrutarlas, como cuando ha sido conmovido por sacudimientos fuertes. Servando se sintió irresistiblemente impulsado á entrar en aquel lugar, cual el fatigado nadador se posa á descansar sobre una firme peña, alrededor de la cual se agitan las olas del mar en su incesante movimiento. —El templo estaba en esa hora desierto. Algunas lámparas ardian tranquilas ante los altares, cual vigilantes guardianes de aquellos lugares, derramando una suave y melancólica luz semejante á la de la luna, sobre los altares á que daban culto. —En aquel silencio dulcemente solemne ni aun sus propios pasos oía Servando; tal era el instintivo respeto con el que pasaba cual una pequeña sombra bajo aquellas augustas y elevadas bóvedas. Dió así la vuelta al coro, y siguiendo la fila de capillas que separan grandiosas verjas de hierro de las naves, llegó á la última capilla que está al frente y es colateral al presbiterio del altar mayor. Venérase en ella la santa imagen de María Santísima de los Milagros, patrona del Puerto que lleva su nombre (1). La reja estaba abierta, y así pudo entrar Servando en aquel hermoso santuario, asombro de dignidad y riqueza, como las labras y solemnidad el culto católico en España.

Cuando estuvo en él, notó que no estaba solo; ante el altar de la Señora había una muger arrodillada que con los brazos en cruz y el rostro alzado hacía la imagen, oraba como oran los que oprime el dolor ó ahoga la angustia. —Servando se paró. —A pesar de ser un hombre de los mas adocenados, sentía por el concurso de estrañas y conmovientes circunstancias elevarse su espíritu á la contemplación. —¡Qué contraste! —pensó; —¡Esta llora y ora; aquellos se solazan en horrores y rien! —¿Cuál es, pues, el estado mas perfecto? ¿no será el del dolor que atrae á la criatura al pié del Criador? ¿no son, quizás, un don de atracción las lágrimas si hacen levantar los ojos que habían al cielo?

Tales escenas como la que hemos descrito se deberían presentar al

(1) El castillo del Puerto de Santa María que pertenece á los duques de Medinaceli, á pesar de ser poco cuidado, está perfectamente conservado. Es antiquísimo, pues fué fundado por Menestreo, príncipe ateniense. En 1624 expulsó el rey Don Alonso el Sabio, hijo de D. Fernando, á los moros que lo ocupaban, y en la torre primitiva aun existe, aunque reconstruido y agrandado el castillo por los moros, se halló oculta la santa imagen que escondieron allí los cristianos anteriores á la invasión. Dió el rey á la población el nombre de la señora que adquirió por advocación la de los Milagros por la gratitud de los fieles, á los que hacía, y hace.

hombre disipado para hacerle pensar, pues hay muchos que pasan su vida en una continuada actividad mezquina y estéril, sin caer en que el hombre debe pararse alguna vez, y separando su mente del círculo estrecho de intereses mundanos, elevarla á mas altas esferas, esferas en que todos seríamos unos, en las que se realizaría el bello ideal de igualdad y convergencia, si todos de buena fé nos esforzáramos por alcanzarlas.

De cuando en cuando algun nuevo lance de horror suscitaba en el circo una de esas inmensas griterías de las que en otros países no se tiene ni aun remota idea, la que con golpes, palmadas y silbidos forma ese aturdidor conjunto estraño y anómalo, que es á un tiempo lúgubre y triunfal, asombrado y delirante, desatinado y lógico, divergente y compacto, compasivo é inhumano, aterrador é incitativo.

Servando notó que cada vez que bramaba esta tempestad de humanas voces, llegando en su impetu á aquel augusto santuario ante el cual hay una valla que respeta el ruido y el movimiento del mundo, aquella muger arrodillada se estremecía, y que un angustioso gemido brotaba de su pecho. —Silenciosa y lentamente avanzó algunos pasos arrimado siempre á la pared, hasta que pudo distinguir el rostro que solo miraba á la Virgen. —Era una jóven de perfecto perfil griego, con ojos árabes, tipo que se halla con frecuencia entre las mugeres del pueblo andaluz: flores preciosas y delicadas, y por lo mismo ajadas al primer contacto de la vida, sin el concurso de los años. —En sus grandes ojos pardos brillaban lágrimas que corrían por sus megillas de prisa, como corren las lágrimas cuando son muchas. Al verla tan bella debió redoblarle en el jóven que la observaba el interés que le había inspirado. —La hermosura es un gran favor de la naturaleza que expende á sus favorecidas, á unas para bien, á otras para mal.

Oyóse entonces en el silencio el ruido que producian las ruedas de una calesa que en lenta vuelta tocaban contra los chinos del empedrado. —Apenas llegó este ruido á los oídos de la arrodillada jóven, cuando se levantó con desaliento y con rápido paso, atravesando las naves de la iglesia se dirigió á la salida.

Servando, sorprendido de aquel brusco arranque, siguió á la jóven y se halló casi á la par de ella en las gradas de la colegial; hallábase en ese momento la calesa en medio de la plaza; llevaba el calesero el caballo por la brida; en la calesa había sentado un picador; su cabeza estaba caída sobre su hombro, sus brazos pendían inertes á sus costados, su chupa de tisú de plata, sus calzones de ante estaban enrojecidos de sangre; una mortal palidez cubría su rostro. —El griterio se oía en la plaza mas vivaz, mas petulante, mas exaltado que nunca.

¿Tan poco vale la vida de un hombre? —respondió mentalmente Servando á las alegres aclamaciones, mientras que á su lado resonó el grito mas destructor que puede lanzar el pecho humano, con la voz: ¡padre!

Y la jóven se precipitó hácia al carruaje, que pudo el calesero parar á tiempo para que no fuese atropellada aquella infeliz, ciega y desatentada de dolor.

—¡Dios nos asista, que es su hija! —dijo el hombre conmovido por ese profundo respeto, esa alta consideración que siente y demuestra el pueblo al tierno y santo amor á los padres.

—¿Está muerto? —preguntó Servando que había seguido á la jóven. El calesero hizo un gesto que significaba que si no estaba muerto en breve lo estaría, murmurando al oído de Servando: —Está oleado.

—¿Dónde lo llevais? —tornó á preguntar al calesero.

—Al hospital, contestó este.

—No, dijo Servando, llevadlo á una posada.

Y subiendo á la calesa á la infeliz hija que estrechaba en convulso abrazo las rodillas de su padre, la sentó al lado de éste, que yacía sin sentido, y marchando al lado del lastimoso grupo, atravesaron las desiertas calles, hasta llegar á una posada en la que hizo preparar un lecho al herido, mandó á varios emisarios en busca de un hábil facultativo, y ayudado de los criados subió y acostó en el lecho al infeliz moribundo. —A pesar de que ninguna esperanza dieron los cirujanos, todos los medios de curación y de alivio fueron practicados por disposición y bajo la inspección de Servando, —puesto que el herido permanecía en un completo letargo, y su hija fuera de sí de dolor.

Hasta aquí cuanto había hecho Servando que era la noble acción de un corazón generoso y compasivo. Pero no era solo la compasión que lo movía y lo detuvo por varios días á la cabecera del moribundo picador; era el encanto que ejercía sobre él aquella hermosa y pura jóven, tan interesante en su dolor, y tan abstraído por él, que ni aun se le había ocurrido agradecer ni rehusar los cuidados y la costosa asistencia que procuraba á su padre aquel bello jóven desconocido. Servando había querido avisar lo ocurrido á Medina, pueblo de su naturaleza; pero Regla, así se llamaba la hija del picador, le había contestado que no existía su madre, y que no tenía ningunos parientes cercanos.

Servando pues, en vista de esto no quiso abandonar á la pobre niña; rico, mimado por su madre, dueño de su voluntad, escribió á ésta,

que agradándole el Puerto de Santa María pensaba permanecer en él algunos días.—Servando era como son otros muchos que con una apariencia afectadamente fría y erigiéndose neciamente en propagandistas del indiferentismo que creen el punto culminante de la superioridad moral, á pesar de esto sienten una gran efervescencia sanguínea ó nerviosa sin perjuicio de su gran sequedad de corazón.—Así fué que se apasionó de Regla.—No obstante, al verla tan pura y tan cándida, tan amante de su padre, tan ciegamente confiada en la caridad de un extraño, Servando no osó premeditar un plan, porque Servando no era un malvado, ni era un seductor.

Ese horroroso tipo es desconocido en España, aunque lo deploran y nieguen aquellos que nos querrian al nivel de todo lo extranjero, hasta el de sus mas refinados vicios. Un seductor de oficio no lo es en primer lugar ningun hombre jóven.—Todo tiene que aprenderse en este mundo hasta la perfeccion en los vicios, y la maldad.—Por lo regular el hombre que escoge una victima para su seducción es un hombre frío y gastado, que desea por atractivo, por vanidad, ó por testarudez, y no ama de corazón,—que así todo lo calcula y nada siente y que goza en triunfar y no en ser amado;—hace derramar lágrimas premeditadamente, y ofrece su amor, como el asesino vil que envenena ofreciendo una emponzoñada flor, y que al presenciar la agonía de sus victimas se frotá satisfecho las manos, y dice: *logré*.

Un incidente vino en breve á dar mas vehemencia á la efervescente aunque efímera pasión de Servando.—Una mañana que estaba sentado con su hermosa hija á la cabecera del moribundo que yacía siempre sin conocimiento, se abrió la puerta y entró un mozo bien portado en traje de campesino, en cuya marcada fisonomía se veía el sello de la honradez y la energía de la decision.

Al verlo Regla prorumpió en sollozos exclamando: ¡Sebastian! ¡Sebastian se muere! ¡el padre de mi alma se muere!!

Pero Sebastian estático, absorto, solo contemplaba al elegante jóven sentado con tanta franqueza y libertad al lado de Regla.

—Quizás en ese momento, y no antes, Regla consideró claramente una situación que hasta entonces habia visto confusa al través de sus lágrimas. Levantóse como asustada y cogiendo á Sebastian que permanecía inmóvil por la mano, lo arrastró tras sí al lado del postrado herido.

—Padre, dijo acercándose á su oído, aquí está Sebastian—Sebastian vuestro sobrino.

El moribundo no dió señal alguna de haber oído.

—¡Lo ves! exclamó Regla torciéndose las manos, no te conoce! no te conoce, se muere, se muere!!

Entonces Sebastian, llevándose á la desconsolada jóven al extremo opuesto del cuarto:

—¿Qué hace ahí ese usía?—preguntó con la severidad de la honradez y con la aspereza de los celos.

—¿Ese? contestó Regla; ¡Oh! si no fuese por ese ¡qué sería de mí!—¿acaso estabas tú aquí?

—¿Y necesitas, repuso con reconcentrada indignacion Sebastian, quien haga mis veces cuando esté ausente?

—Yo no sé lo que ha pasado, contestó angustiada la pobre niña, pero sé que nada podía yo hacer ni disponer—que él todo lo ha hecho por mí pobre padre, y que es un angel que Dios me envió en mi tribulacion.

—¿Un angel, eh?—dijo apretando los dientes Sebastian. Mira, Regla, nada puedo decirte ahora porque la garganta me se anuda; pero sábetelo y créeme: *que con mal ó con bien á los tuyos te ten*.—Voyme porque no soy dueño de mí, y no quiero que haya un desman.

Voy á hablar con el amo de la plaza;—dentro de una hora estoy de vuelta, y ten entendido que si he de entrar yo, ha de haber salido ese señorin, que aquí no hay lugar para los dos—ó él, ó yo—estás prevenida.—Dueña eres de tu voluntad; que puñal no te he de poner al pecho para que á mí me la des; pero ten presente, Regla, lo que á decirte vuelvo: *con mal ó con bien á los tuyos te ten*.

¡Sebastian! exclamó Regla, Sebastian, óyeme.... pero Sebastian habia desaparecido sin añadir ni un adiós.

Regla se volvió ahogada en llanto á la cabecera del enfermo. ¡Padre mio! ¡padre mio! exclamó la pobre niña, no os vayais, no os vayais, no me dejéis desamparada.

—¿Qué teneis?—preguntó Servando.

—Es que no quiere volver.

—¿Quién?

—Sebastian.

—¿Qué le hace?

—Mucho, señor.

—¿Pues quién es Sebastian?

—Es mi novio.

—¿Y lo amais mucho?

—No tengo mas amparo que él.

—¿Y yo?

—No sois mi novio.

—Pero puedo serlo.

—¿Qué señor! los ricos no son novios de las pobres.

—¿Quién lo quita?

—Aquello de que cada oveja con su pareja.

—Parejas son los que se aman, Regla.

—Señor, por Dios no hagais burla, no es sazón de hacerla de su hija á la cabecera de un moribundo.

—Es que no me burlo, Regla, es que te juro que te amo con toda mi alma.

—Eso no quita que queráis hacer burla de mí, señor.

—Eres tan desconfiada porque no me amas á mí, Regla, y eso es una ingratitud.

—No soy ingrata, no, no, exclamó con viveza la pobre niña; lo que os agradezco lo que por mí y por el padre de mi alma estais haciendo, Dios lo sabe que es el que conoce los corazones.—¡Ay! ¡Jesus! ¡Jesus!—¡padre, no me dejéis desamparada!

La compasion es accesible á todos los corazones en ciertas circunstancias, y mas cuando el objeto que la inspira reúne á una situación destrozadora el encanto de la juventud y de la hermosura.

—¿Por qué te desconsuelas así, Regla?—dijo con voz conmovida Servando.

—Es que dice Sebastian que no vuelve, si cuando venga os halla aquí, respondió la atribulada niña.

—Un impulso de soberbia, de coraje y de celos hizo estenderse un subido rojo en las mejillas del orgulloso jóven.

—Y bien, que se vaya, dijo con desden.

—¿Y qué será de mí?

—Una muger rica y feliz.

—¿Cómo?

—Eso es de mi cuenta.

—Os equivocais, señor, que es de la mia.

—Te doy desde luego, y por ahora, esta posada que está de venta.

—Yo no tomo regalos de nadie, dijo Regla con esa dignidad femenina la mas incontestable y mas noble de todas las dignidades, pues se estriba en la virtud, mientras sus lágrimas se pararon como paralizadas por un sentimiento que absorbió todos los demás.

—Me echas, Regla, dijo Servando: ¿me iré, pues?

—¿Y qué otro remedio?—exclamó la pobre niña volviendo á derramar un torrente de lágrimas.

—Dejarlo á él.

—Eso es una mala partida, señor!

—¿Y no lo es el echarme á mí?

—No señor.

—¿Y por qué no?

—Porque vos me dais mala sombra, y él, aunque pobre, me la da buena.

Servando, vencido en sus argumentos astutos por la buena y sencilla lógica de la honradez, dió indeciso algunos pasos por la habitacion: mil sentimientos lo agitaban; su pasión exaltada por los celos, su ajado orgullo por verse echado de allí por un pobre campesino, la inclinacion que aquella pura y sencilla jóven dejaba traslucir hacia él, lo augusto de aquel momento en que agonizaba el honrado padre de la inocente niña, que dos hombres venian á atormentar á la cabecera de un moribundo, le afectaron profundamente. Conoció que no habia alternativa. Debía ceder, alejarse, y respetar, ó debía amparar honradamente aquella bella, inocente y desamparada criatura.

En Cádiz en todos tiempos se han visto casamientos desproporcionados, aunque entonces no se habian generalizado tanto como lo estan hoy dia por todas partes: así fué que despues de un rato de silencio y meditacion, prefiriendo como hombre débil y voluntarioso lo presente á lo futuro, la satisfaccion al sacrificio, Servando se acercó á Regla, y le dijo con ese tono de sinceridad que no se imita: Regla, ¿quieres ser mi muger?

—Regla contestó en el mismo: ¡tanta dicha para mí!

—Tanta dicha para ambos, repuso Servando; y acercándose al lecho del picador asido de la mano de Regla, «vivid, dijo, vivid para vernos felices.»

Regla dió un agudo grito, pues en ese momento abrió el picador desmesuradamente los ojos, dió un gemido, y espiró.

Regla se echó sobre el cadáver de su padre... En este instante volvia Sebastian.—Servando le salió al encuentro y le atajó el paso: «murió», le dijo; y alargándole dinero, añadió: disponed su entierro.

—El cuidado será mio, respondió Sebastian, y para ello tengo los medios; que no ha menester que se entierre mi tío de limosna.

Dió en seguida unos pasos para entrar en el cuarto mortuario.

—¿Qué quereis? preguntó con sequedad Servando.

—Llevarme á mi prima.

—Es que me la llevo yo.

—¿Vos?... exclamó Sebastian encendiéndose sus ojos como dos ho-

guerras: eso está por ver!—Regla al separarse de la sombra de su padre no debe estar, ni estará, por las llagas de Cristo lo juro, sino á la sombra de su marido.

—Y así será, porque su marido soy... yo...

—Vos! exclamó palideciendo el pobre jóven; Maria Santísima, y qué desatino!

—Si desatino hay, dijo con altivez Servando, estará de mi parte.

—De ambas, señor, de ambas!—exclamó con dolor Sebastian.

—Y en qué fundais tan insolente aserto?

—Lo fundo en que ha de ser Regla más infeliz que la nave que naufraga por llevar mucha vela, y vos como la que no camina á gusto por llevar á remolque un cuerpo extraño, porque extraños os sois, y lo seáis; y que siempre se dijo que con mal ó con bien, á los tuyos te ten.

Diciendo esto, se alejó desesperado.

Servando depositó á la desconsolada Regla en casa de la hermana de la posadera, una honrada costurera; y mientras á su lado le prodigaba consuelos y alagos, Sebastian con otro pariente y dos de la cuadrilla llevaban sobre sus hombros el cadáver del picador al cementerio, último y tierno tributo de cariño y respeto que da el pueblo á sus allegados.

Algunos dias después de las escenas que hemos referido, estaba Servando una mañana en su cuarto en Cadiz echado sobre su sofá, pasando en revista un frac y chaleco que le habían enviado de Londres, y leyendo los papeles públicos, cuando se abrió la puerta y entró un caballero francés amigo suyo, sugeto que definiremos con el nombre de *roué* que le alagaba; y que quiere decir *liebre corrida*; pero esta liebre era corrida, no por vergeles, sino por vastos matorrales.

No quitaba esto, por supuesto, á que vistiese con suma elegancia; no siempre está el exterior en armonía con el interior; no hay en esto regla.

Mr. Napoleon le Noir, este era su nombre, no era el tipo del francés alegre, vivo, amable, petulante y hablador, que lo ha sido desde que la Francia se constituyó nación y tomó su fisonomía peculiar.—Nada de eso.—Mr. Napoleon le Noir era un francés parlamentario, sério, sentencioso, echándola de importante, aunque maldita la importancia que tenía!—Estaba este caballero montado sobre su opinión (en todas materias) como sobre un pedestal. No creía en la infalibilidad del Papa, pero creía en la suya, lo que hacia honor á su *despreocupación* y á su modestia. Entre varias anomalías que ostentaba este ciudadano, era una detestar é imitar todo lo inglés; pero sobre todo, la afición á viajes y la ironía—en este ramo rayaba en lo sublime, como la gran cómica Mlle. Rachel.—Poco interés tiene la biografía de este sugeto: solo diremos en globo, que habiéndola hallado á mano en una revuelta política un personaje, le dió una misión secreta y poco propia para salir á luz, que la desempeñó perfectamente mal, que el personaje para quitarse de encima ese moscon que podía zumbiar desagradablemente, le proporcionó la regencia de un periódico, cuyos fondos desaparecieron con Mr. Napoleon le Noir, que se los comía en la elegante y agradable vida de *tourista*, esto es, viagero que viaja sin mas objeto que el de divertirse.

Soberbias existencias, llenas de boato y de delicias, que hace brotar á centenares el siglo diez y nueve por ensalmo, como transformaciones de comedias de magia, ante cuyo resplandor instantáneo se quedan algunos papamoscas con la boca abierta, incluso el que esto escribe.

—Oh! dijo al entrar, por lo visto el Puerto es un Versailles poblado de La Valieres, Montespanes y Fontanges, puesto que no es posible que sean los ojos de los toros que hayan detenido allí un Lavelace como sois vos. ¿Habeis dejado á alguna ninfa del Guadalete vuestro corazón juvenil?

—Por qué no he de confesarlo? exclamó con expansion Servando: se ha fijado para siempre!

—Para siempre!! Oh moncher! ese aserto en punto á amores y en punto á todo ha caducado con el despotismo y la inquisición! *pour toujours*: no se halla ya sino en los romances de Boildieu.

—Me indigna, repuso Servando, que los indiferentes se burlen de un lenguaje que mañana les harán gastar unos bellos ojos!

Mr. le Noir se levantó y dió algunos pasos hácia un elegante botiquin que habia traído Servando de Londres.

—Qué haceis? preguntó este.

—Quiero prepararos unas gotas de digital, respondió el interrogado. El digital es un medicamento que tiene la virtud de parar la sangre.

—No estoy malo.

—¡Oh, y de peligro! teneis calentura de mas de cien pulsaciones por segundo.

—Si lo estoy, no quiero curarme.

—¿Sois, pues, feliz?

—Lo seré.

—Las esperanzas son los modestos goces de una virtuosa juventud.

—Sabreis, para que no creais ilusorias mis esperanzas, que me

voy á casar.... pero es un secreto, no deseo que lo sepa mi madre.

—¡Casarse! á los veinte y dos años: ¡quelle folie! pero locura que hace honor á vuestra moralidad.—Solo nosotros los hombres de mundo, esto es, los *corrompidos*, como dicen las mamás, miramos como una detestable carga el *santo vínculo*.

(Continuará.)

LA VIOLETA Y EL SOL.

Timida, en su capullo replegada
y entre las verdes hojas escondida,
pasaba una violeta triste vida,
del Sol enamorada.
Una vez, una sola,
osó entreabrir la cárdena corola,
demandando á su amor una mirada.
Obtuvo; y un beso
que la llenó de plácido embeleso,
recibió la precita:
pero quedó marchita,
y el sol siguió su marcha indiferente,
durmiéndose tranquilo en Occidente.
¡Pobre flor sin ventura!
¿por qué puso su amor á tanta altura?

La calma adormece al espíritu, las tribulaciones le despiertan: los grandes hombres son producidos por agitadoras revoluciones; crece el géio entre la sangre y el llanto.

GEROGLIFICO.



E Job E.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.